

Harry Scott.

Pensando el Chile Nuevo. Las ideas de la revolución de los tenientes y el primer gobierno de Ibáñez, 1924-1931.

Santiago. Ediciones Centro de Estudios Bicentenario, 2009, 347 páginas.

Las primeras décadas del siglo XX representaron un período de cambios en la historia de Chile, ya que a pesar de existir una estabilidad aparente, se fue gestando un quiebre progresivo de nuestro sistema constitucional. Esto ocurrió debido a una serie de críticas que enfrentaba el régimen oligárquico-parlamentario, tales como la corrupción desatada en el seno de la política, el predominio del Poder Legislativo por sobre el Ejecutivo, y la inoperancia existente al interior del Congreso para buscar soluciones concretas a las necesidades de la población. De hecho, proyectos emblemáticos como las “leyes sociales”, que pretendían mejorar las precarias condiciones de vida de la clase trabajadora, se mantuvieron por años estancados en el Parlamento, lo cual acentuó los cuestionamientos hacia la eficacia del modelo.

Si bien las primeras transformaciones del sistema ocurrieron durante el mandato de Arturo Alessandri

(1920-1924), ya que buscó enfrentar de manera más directa las necesidades de la clase media y las masas, e incluyó sus demandas en su programa de gobierno, fueron los militares los que a partir de 1924 comenzaron a concretar tales procesos. A partir de este año, ellos le dieron un nuevo rumbo a la vida republicana del país, iniciándose un período de transición que terminó con el advenimiento del régimen presidencialista en 1932.

Todos estos temas corresponden al eje central de la presente investigación, la cual tuvo sus orígenes en la tesis que el autor preparó para optar al grado de Licenciatura en Historia en la Universidad de Chile. A lo largo de estas páginas, Harry Scott busca analizar la participación del Ejército en la política nacional entre los años 1924 y 1931, además de las ideologías que sus líderes adquirieron, y las repercusiones que estas tuvieron en los partidos políticos y en los grupos civiles.

En el primer capítulo del libro, Scott busca analizar la génesis que tuvo el movimiento militar de 1924, para lo cual se remonta a la guerra civil de 1891. Menciona que, al finalizar aquel enfrentamiento, se dieron de baja a casi todos los miembros de las fuerzas balmacedistas, mientras que los oficiales del bando parlamentario pasaron a ocupar los altos cargos al interior de la institución. También resalta que el Ejército vivió un proceso de reestructuraciones, el que fue liderado por el comandante en jefe Estanislao del Canto y por el oficial prusiano Emilio Körner, destacándose este último por la serie de elementos que implementó en las bases militares.

Además, destaca la llegada de 10.000 militares nuevos, los que pasaron a engrosar los sectores medios y bajos, y fueron entrenados por Körner bajo un proceso modernizador conocido como “prusianización”. Este implicaba educar con las doctrinas y las estrategias importadas desde Alemania, ya que era un país que contaba con una avanzada organización militar, y gozaba de un gran prestigio bélico gracias a sus triunfos ante el Imperio Austro-Húngaro en 1866, y ante Francia en 1870, el que decayó recién con la firma del tratado de Versalles en 1919.

De esta forma, el Ejército de la época fue dirigido por miembros pertenecientes a la vieja escuela parlamentaria, los cuales se mantuvieron por largo tiempo en sus cargos. Por otro lado, se encontraba esta oficiali-

dad media “prusianizada”, la que manifestó resentimientos hacia sus superiores por carecer de una legislación adecuada que les asegure igualdad de condiciones en materias como ascensos y jubilaciones. Incluso, muchos de sus integrantes veían al Ejército como la única alternativa de ascenso, ya que eran de orígenes humildes, lo cual ayudó a que en este grupo existiese conciencia de los problemas que aquejaban a la sociedad.

Al llegar 1920, hubo un traslado de tropas chilenas hacia el norte del país, que fue causado por una inminente invasión de las fuerzas militares peruanas y bolivianas. Este episodio fue conocido como la “Guerra de don Ladislao” (por ser un acto liderado por Ladislao Errázuriz), el cual tuvo una desastrosa planificación, lo que dejó entrever las falencias estratégicas que tenían los militares, y puso en jaque la efectividad de la doctrina prusiana en nuestro país. Ante esta coyuntura, Harry Scott señala que era muy difícil copiar este proyecto a cabalidad, ya que a pesar del gran avance que tuvo el Ejército en materias burocráticas, de equipamiento y de movilización, las deficiencias en logística, y el escaso contingente militar del país, impidieron que este proceso alcanzase un mayor éxito.

La llegada a la presidencia de Arturo Alessandri provocó una serie de tensiones al interior del Ejército y de la clase política, ya que los sectores de la oposición, encabezados por la Unión Nacional, crearon una campa-

ña en contra del gobierno y se aliaron con la alta oficialidad del Ejército para formar la TEA (Tenacidad, Entusiasmo, Abnegación), la cual buscaba derrocar al Presidente. Desde la otra trinchera, la oficialidad media le expuso sus demandas a Alessandri, y ambos buscaron los mecanismos para aprobar una legislación que los favoreciese, lo cual no tuvo resultados positivos.

Esta situación derivó en un conflicto que decantó en el “ruido de sables”, ocurrido entre 2 y el 3 de septiembre de 1924, en el que la oficialidad joven manifestó su molestia a la clase política por la aprobación de una Ley de Dieta Parlamentaria, sin que se discutieran aún las leyes sociales ni las mejoras al mundo militar. Luego de la renuncia del gabinete de Alessandri, y de la aprobación de estas leyes, asumió el 11 de septiembre la primera Junta de Gobierno, que estuvo comandada por Juan Pablo Bennett, Francisco Neff y Luis Altamirano.

A partir de esto, el autor rescata tres hitos ocurridos entre 1924 y 1927. El primero de ellos transcurre entre el ruido de sables y el fin de la primera Junta de Gobierno, ante lo cual destaca una serie de hechos ocurridos, tales como el petitorio que la oficialidad joven entregó al Presidente de la República, las amenazas que este recibió desde los bandos más revolucionarios, y el posterior permiso que el Congreso le entregó para ausentarse del país por unos meses, ya que le negaron la renuncia que fue solicitada

por el poco control que tuvo ante el movimiento.

A pesar de que la primera Junta logró la aprobación de las leyes sociales y las reformas al Ejército, esta se fue desviando hacia los sectores unionistas, los cuales intentaron apropiarse del movimiento con el fin de sacar a Alessandri, lo que provocó el recelo de los grupos más radicales que estaban organizados en la Junta Militar. Estos lideraron un golpe el 23 de enero de 1925, en el que exigieron la renuncia de la Junta, con lo cual se formó una nueva dirigida por Pedro Pablo Dartnell, Carlos Ward y Emilio Bello Codesido, y en la que también se encontraban participando destacados militares de la época como Marmaduke Grove y Carlos Ibáñez.

El segundo hito del autor se refiere exclusivamente a la labor ejercida por la segunda Junta de Gobierno y al retorno de Arturo Alessandri producido el 20 de marzo de 1925. En este período, se dio un mayor impulso reformista que el realizado por la anterior administración, lo que permitió promulgar una serie de decretos leyes en materias como el impuesto a la renta y la ley electoral, y otros sobre las mejoras de las condiciones laborales para los miembros del Ejército. Además, esta Junta aceleró el regreso de Alessandri, quien al volver formó una comisión para crear la Constitución de 1925, siendo asistido por los militares. Posteriormente, renunció definitivamente a la Presidencia y se llamaron a elecciones, en las que ganó

el candidato de consenso Emiliano Figueroa Larraín, ante el postulante del PC y Partido Demócrata José Santos Salas, el que a pesar de su derrota obtuvo una interesante votación.

El último de los hitos se centra en la administración de Figueroa, lo que significó para los sectores reformistas un giro hacia la derecha y un regreso a los vicios característicos del parlamentarismo. Este gobernante tuvo que enfrentar una administración tensa, ya que la Constitución de 1925 era poco aceptada, hubo acusaciones de la clase política al mundo militar por recibir demasiados beneficios del fisco, y hubo un período de recesión económica. Además, Carlos Ibáñez, ejerciendo las carteras de Guerra y posteriormente de Interior, comenzó a ejercer sus influencias que permitieron quitar de sus cargos a diversos funcionarios, entre ellos al Presidente de la Corte Suprema Javier Ángel Figueroa, hermano del mandatario, lo que provocó su posterior renuncia. Luego de esto, Ibáñez asumió como vicepresidente, y llamó a elecciones, siendo el candidato único.

La segunda parte de esta investigación aborda la presidencia del general Carlos Ibáñez del Campo (1927-1931). Para su análisis, el autor se centra en las características ideológicas de este mandato, y menciona en menor medida los logros que hubo en ámbitos como la educación, los gremios y las obras públicas. En relación a esto, Scott indica que en su programa de gobierno Ibáñez buscó

enfrentar la indisciplina, la ineficiencia y la corrupción que predominaron en años anteriores, las cuales fueron enfrentadas implantando políticas como el “termocauterio”, el que buscaba perseguir tanto a la oligarquía parlamentaria y a los movimientos proletarios agitadores. El propósito de esto era depurar la sociedad y crear una tercera alternativa para construir un “Chile nuevo”, el cual implicaba tener una autoridad fuerte, un Congreso al servicio del Poder Ejecutivo, una administración honrada, eficiencia, justicia social, nacionalismo, valores cívicos, morales y patrióticos, entre otros elementos.

Junto a esto, el autor menciona que la administración de Ibáñez quiso llevar a cabo un audaz plan para lograr el progreso económico de Chile. Este se basó en el fomento de las áreas productivas, tales como la agricultura, la industria y la minería, financiando estos planes mediante la importación de empréstitos desde Estados Unidos. Para llevar a cabo estos proyectos, el Estado debía cumplir un rol gravitante en materias de coordinación y la colaboración directa del sector privado y los trabajadores, ya que, utilizando un tinte corporativista, se buscaba crear una gran alianza de sociedades para lograr un sistema coordinado que le asegurase al país el desarrollo. A pesar de que este plan tuvo éxitos en sus inicios, la crisis económica de 1929 cortó los préstamos a Chile, a lo que se sumaron paros y huelgas estudiantiles. Esto trajo una inestabilidad

interna que provocó la renuncia de Ibáñez el 26 de julio de 1931, el cual partió posteriormente al extranjero.

En la sección final del libro, el autor busca analizar las reacciones que tuvo la civilidad política ante el movimiento militar de 1924, para lo cual regresa nuevamente a las consecuencias de la guerra civil de 1891. A raíz de esto, Scott destaca que si bien el discurso social comenzó a formar parte de nuevos grupos políticos de corte centro-izquierdista, factores como la indisciplina, las disputas, y una serie de malas prácticas al interior del Congreso no permitieron avanzar en legislaciones sociales. También señala que al llegar la década de 1920 existía un sistema bipartidista, existiendo la Coalición y la Alianza Liberal, a los cuales les era conveniente mantener el régimen parlamentario luego de 1924, a pesar de que la Alianza apoyó a los militares.

A pesar de esto, no fue fácil erradicar la hegemonía parlamentaria, la que recién se extinguió con Carlos Ibáñez del Campo. Durante su mandato, los partidos políticos se orientaron hacia la labor del gobierno, y tuvieron una influencia permanente del Presidente en diversas medidas, como lo fue la repartición de escaños en el Congreso Termal de 1929.

A grandes rasgos, podemos destacar que en el texto hay un acucioso análisis sobre la participación del Ejército en la política chilena entre 1924 y 1931. A pesar de que el autor suele ser muy repetitivo con muchas ideas en todos sus capítulos, nos entrega una gran cantidad de información relacionada con el mundo militar, lo que permite conocer a fondo los cambios que se estaban produciendo en la institución. También son interesantes los datos relacionados con el mundo político expuestos por el autor en una reseña general, lo que es útil para ejemplificar a fondo el panorama de la época.

Para finalizar, este libro representa un aporte al conocimiento del siglo XX chileno, ya que se centra en sus verdaderos inicios, y también en el quiebre definitivo que hubo con el modelo decimonónico. Además, contribuye a que se generen nuevas propuestas para seguir estudiando la década de 1920, la que resulta ser muy interesante por la gran cantidad de procesos que desembocaron en torno a sus años.

JORGE GAETE LAGOS
MAGÍSTER (C) EN HISTORIA
UNIVERSIDAD NACIONAL
ANDRÉS BELLO